

Editorial

Foro Interno se acerca al final de su recorrido. Su comienzo se hizo en 2000, con el siglo veintiuno, tras un año de preparativos muy cuidadoso. La idea era presentar en español una nueva revista de teoría política expresada además con nuevas maneras de edición y publicación. Y así se ha hecho desde el principio hasta el fin.

Un punto de partida era la mala situación científica de la ciencia política y, en especial, de la teoría política de la academia española, incluyendo aquí la de los países latinoamericanos.

El panorama era malo. Nuestra ciencia en español se movía atrancada entre grandes defectos de la tradición hispánica en cuanto a publicación de revistas especializadas. Lo más arraigado, y desdichadamente aceptado como normal e ineludible eran, por una parte, la endogamia de nuestras publicaciones; por otro, la impuntualidad de las mismas en su salida periódica al mercado.

Lo político acababa así atrapado por el formalismo normativo, siempre prometiendo una falsa seguridad y la implicación también siempre omnipotente de conocer definitivamente el presente porque este es el resultado de los avatares y procesos vivos del pasado. Vivos, claro está, porque tanto la realidad humana como el resto del mundo son el resultado de la historia que, como pasado, ya nos es perfectamente conocida. Se trata de la historia vivida de los pueblos, de los continentes, incluso del cosmos. Todo está ahí a nuestra disposición como los grandes recolectores que somos de esa realidad sumisa. Tal ajeteo revisor acabó con el tiempo por ser la ciencia.

Tolo lo anterior venía a aportar esa falsa ciencia central ya mencionada. Y en su osadía prepotente dio el paso definitivo al intentar hacer pasar esa versión historiada de la fantasía humana como la productora de la visión legal de la vida. Es lo que se conoció, como lo nombró Harry Eckstein (1924-1999), el enfoque legal-formal de la política (*formal-legal approach*). Un término muy sutil y lúcido que difícilmente era aceptado entonces por el gremio español de la profesión, tanto del bando progresista como del conservador. Eso incluía a la ciencia española y por supuesto a la latinoamericana. Todos se arremolinaron gruendo enfadados contra este intento de desplazar —innecesariamente según ellos— su rígido concepto de enfoque jurídico-normativo.

Ante esta situación, se activaron nuevas aportaciones al estudio de la identidad, de tanta importancia para la ciencia europea. Este axioma venía a establecerse como una base inmutable. Se trata de que no se puede ser A y B al mismo tiempo ni estar en dos sitios a la vez. Esta ha sido la clave que ha articulado el pensamiento occidental con Tommaso d'Aquino (1225-1274) y Thomas Hobbes (1588-1679) como alfiles de todo el avance. Una oleada de autoritarismo en el tablero que inundó la sociedad europea y trajo consigo el dominio de las sociedades vigilantes. La capacidad cognitiva central en todo este vendaval fue, en palabras contemporáneas de Michael Walzer, una *watchfulness* perenne en la que la figura del ciudadano solo cabía como ciudadano vigilante.

La anulación de la retórica

En todo este tiempo una de las artimañas triunfales en la historia de la teoría política europea ha sido llevada a cabo en dos fases. La primera se basó constantemente en la unión, como partes complementarias del discurso, de dialéctica y retórica. Nuestra sociedad vigilante actual no se fía de la contingencia, a la que considera como parte defectuosa de la vida histórica que hay que descartar de forma radical. Los vigilantes se plantean trabajar solamente sobre los aspectos inherentes de la vida, montar una manera de pensar que trascienda la contingencia. En palabras meridianamente claras de G. W. F. Hegel (1780-1831): “La consideración filosófica no tiene otro designio que eliminar lo contingente de lo público”¹.

En este camino el primer objetivo fue degradar la retórica, lo que trajo consigo el surgimiento de la metodología como estrella decisiva en el camino del conocimiento científico. Sorprende que en las ciudades griegas antiguas del tiempo que los filósofos consideran la época áurea de lo griego, siglos V al II a. e. c., en la vida pública se conjugaban ambas destrezas. El propio Aristóteles (384 a. e. c. - 322 a. e. c.) no hubiera

¹ G. W. F. Hegel, *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, Alianza, Madrid, 1980 (1999), p. 43.

aceptado la existencia de dialéctica sin retórica. Ambas eran complementarias y partes inseparables, antístrofas, del discurso².

La apertura a una dialéctica sin retórica logrará un predominio que acabará siendo la pieza central de todas las ideologías modernas y de lo que desemboca en la comprensión de la racionalidad de la ciencia.

Los intelectuales modernos culminarán esta gran manipulación al proclamar como única ciencia posible la basada en la ciencia experimental.

Un hallazgo de la sociedad vigilante o militarizada del gobierno de nuestras vidas consiste en proceder a extirpar la letargia tanto de la vida pública como privada; se iba con ella lo que esta capacidad implica de ensoñación, descanso pacífico, aceptación de los infantes, silencio constructivo (el *mutus* de Giambattista Vico [1688-1744]) y sobre todo la aceptación del mundo interno en la gobernanza de nuestras vidas.

Es llamativo que los pensadores más aristotélicos de la modernidad se embarquen en un desmontaje de la retórica como parte viciada y estéril del pensamiento teórico. La vía libre de una dialéctica sin retórica nos saludará como una verdadera herramienta del pensar de los científicos modernos. Ahora es la dialéctica la que abordará con majestuosidad la vida pública, ejemplo de complejidad. Todas las ideologías se apuntarán a ella y la dialéctica será la pieza central del pensamiento moderno.

La dictadura dialéctica

El predominio ante todo de la ciencia experimental se empeñó durante la segunda mitad del siglo veinte en anular el trabajo de la teoría política a la que de paso se redujo bajo un nuevo concepto, el de teoría normativa. Con ello se anulará también el trabajo de los ingenieros respecto a la realidad pública. Los ingenieros pasan a ser meros ejecutores o aplicadores directivos del trabajo de los investigadores empíricos. Los avances de las ciencias experimentales como la física, la biología, la economía y la psicología serán con sus procedimientos la matriz de la ciencia política de la posguerra mundial.

El mundo interno y la política

Quizá el gran fallo de la sociedad vigilante, un error activo que pudiera llegar a ser catastrófico, sea la introducción de esa metonimia que suplanta al ciudadano por solo su poder ejecutivo. La supresión de la contingencia significará también la negación del mundo interno. Una cancelación buscada, ya que en ese ámbito, el mundo interno, no rige el principio de identidad.

El afianzamiento de lo ejecutivo significa claramente el triunfo completo de la dictadura dialéctica. Incluida la gobernanza del ciudadano, que pasará a ser un auténtico muñeco regimentado. Y el primer destrozo democrático en la teoría moderna será el remplazo del juicio por el arbitraje. Se olvida que en un juicio se pronuncia una sentencia, sentencias recurribles, mientras que en el arbitraje lo que se nos da es un laudo arbitral que no admite recurso. Como vemos la controversia en la modernidad armada, que podríamos llamar, desprecia desde su base lo consensual. Y establece un armazón dialógico en el que las preguntas son transformadas en enigmas, y que permitirán al investigador alcanzar la solución final a los problemas.

La consecuencia inmediata de estos cambios será la aparición de una novedosa conducta vigilante basada en una vigilia perpetua. La ciudadanía deberá estar viviendo siempre en un miedo constante a la agresión y al fracaso. Su supervivencia y el triunfo de su biografía se asentarán ambos en su capacidad para mantenerse en vigilia las veinticuatro horas, siete días a la semana.

La idea de “empoderar a los ciudadanos”, hoy muy usada, incapacita de origen a niños, mujeres, ancianos de ambos sexos o personas dependientes, ya que todos ellos son incapaces de mantener esa vigilancia perpetua.

Se podrían decir más cosas de la evolución dañina de la teoría política actual. Un trayecto pardo-oscuro, torpe y poderoso a la vez. Pero no es este el lugar. Aquí solo cabe ya resumir los veintidós años de trabajo de *Foro interno* que ahora se detiene por razones irresolubles. Pero que seguramente continuarán otras personas llenas de coraje cívico y preparación profesional. Baste por nuestra parte comunicar todas estas cosas a nuestros lectores, despedirnos y ofrecer nuestra ayuda, si fuera posible y llegase a ser requerida.

Javier Roiz

² He tratado esto con más detalle en Javier Roiz, *Teoría e Ingeniería de la vida pública*, Centro de Investigaciones y Docencia económicas, Documento de trabajo, número 296, México D.F., 2016, pp. 3-5.